

PANEGÍRICO
DE SAN ELOY.

Vocavi ex nomine Beseleel... et implevi eum Spiritu Dei, et intelligentia, et scientia in omni opere, ex auro et argento.

Tengo escogido nominadamente á Beseleel, le he llenado del espíritu de Dios, de inteligencia y de ciencia en toda suerte de labores de oro y de plata.

(EXOD. XXXI, 2. et seq.)

Hé ahí, ilustres profesores del arte de platería, hé ahí, repito, las admirables disposiciones con que Dios se dignó preparar á Beseleel, aquel platero famoso, que destinaba su sabiduría para fabricar el Arca del Testamento, y construir las demás obras de oro y plata y otros metales que debían servir en su tabernáculo. No de distinto modo preparó el Todopoderoso á su fiel siervo Eloy, este hombre de Dios, destinado por vaso de elección para enseñar y edificar á su pueblo; este ejemplo de virtudes heroicas, donde se dignó coronar sus dones; este hombre extraordinario, que hacia suceder en admirable alternativa al trabajo la oración, á la oración la penitencia, á la penitencia la instruccion del pueblo, á la instruccion del pueblo la contemplacion, á la contemplacion la disputa con los herejes, á la disputa los herejes los oficios de piedad, á éstos la conversion de los gentiles; y que hecho todo para todos, como otro Pablo. no daba ménos ejemplos de oficiosidad y de virtud á los ilustres profesores de su arte, que de celo y de piedad á los prelados de la Iglesia y á todos sus hermanos en Jesucristo. Formemos, pues, su elogio con arreglo á estos dos estados de su admirable vida, considerándole, primero, como ejemplar de plateros; segundo, como modelo de obispos: dos breves reflexiones que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas y brillantes, son, á lo ménos, sólidas, dignas de esta cátedra, y

á propósito para instruir. Pidamos ántes las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María Santísima: A. M.

Como Dios es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, ordenó la sociedad cristiana bajo un plan de providencia tan benéfico, que pudiesen todos los hombres salvarse en su estado. Como su voluntad sincera de salvar al hombre es universal, y no todos los hombres pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni vivir todos en la estrechez de un claustro segregados del mundo, dispuso, que pudiera cada uno obrar su eterna salud en cualesquiera de las ocupaciones honestas de la sociedad, cumpliendo exactamente con sus obligaciones respectivas. En crédito de esta verdad, y para estímulo de sus escogidos, ha suscitado de tiempo en tiempo, en cada uno de los empleos honestos de la vida humana, héroes de santidad, que le publicasen glorioso, y sirviesen de ejemplar á los demás: Esta es una máxima fundamental de la doctrina de Jesucristo, acreditada por testimonios auténticos de todos los siglos, y que nos muestra San Eloy en calidad de platero y de obispo. Reflexionemos sobre su vida para formar justa idea de esta verdad.

Dios, que destinaba á Eloy para edificacion de muchos en su pueblo, dispuso, que su madre, como la de Isaac, la de Sanson y la del gran Bautista, tuviese aún ántes de nacer indicios ciertos de su futura santidad. Un águila hermosa, que volaba halagüeña sobre su dormitorio, le sugería la idea del rápido vuelo, ó por mejor decir, de la sublime santidad del fruto de sus entrañas. La provincia del Lemosin en Francia, vió en su hemisferio esta gran luz, cuya claridad debía difundirse hasta los confines más remotos del mundo. Sus padres, recomendables por su piedad y loables costumbres, miraron como su primera obligacion educarle en el santo temor de Dios, instruyéndole en los misterios de su verdadera religion y en la observancia de los preceptos de su sana moral. Semejante educacion, apoyada sobre la gracia, y conducida con celo cristiano, ¿qué podia producir sino un jóven temeroso de Dios, aplicado á la piedad y al culto, obediente á sus padres, dócil á sus mayores, y de costumbres irreprehensibles? Su urbanidad con todos, la dulzura de su trato, la honestidad de sus acciones, la gravedad y circunspeccion de sus palabras, y la gracia singular que Dios habia derramado sobre los lábios de Eloy, le hacian ser mirado como ejemplar de virtudes desde su más tierna edad.

Queriendo sus padres proservarle de los peligros de la ociosidad, le aplicaron al arte de la platería, ocupacion, si bien honesta, reco-

مندable y útil al gran cuerpo de la sociedad y á la decencia del santuario; pero que al mismo tiempo expone el alma á los mayores riesgos. Tienen los tesoros de la tierra tan poderoso influjo sobre el corazon humano, que brevemente le corrompen, haciéndole reo de las mayores injusticias. La avaricia y el ánsia de poseer riquezas ajenas ha sido en todos los siglos el origen de la ruina, no solo de muchas almas, sino de muchos imperios. Los babilonios, por ejemplo, los egipcios, los persas, los caldeos, los asirios, los griegos, los cartagineses, los romanos y muchas otras naciones, ¿no se han destruido mutuamente en la sucesion de los tiempos, por ocupar los unos el oro y las posesiones de los otros? ¿Quién llevó sobre Jerusalén el furor de las armas de Nabucodonosor, de Antioco, de Alejandro, de Heliodoro y de Trifon? El desseo de robar los tesoros del Templo. Sin salir de nuestra península; ¿quién sus riquezas trajeron á España, desde tiempos remotísimos, á los fenicios, celtas, griegos, cartagineses, romanos, con los demás pueblos y naciones bárbaras, que más de una vez la han inundado y destruido en el progreso de los siglos? Luego, si tanta es la fuerza y atractivo de los tesoros, tanto más digno de alabanza es, el que no comita en estas riquezas, ni se deja arrastrar de la falsa brillantez del oro.

Pero, como Dios destinaba á Eloy para ejemplar de la integridad y desinterés de los plateros, se dignó preservarle como á los Tilos, Anastasio y Andrónicos, individuos santos de este arte, de la tentacion vehementemente de avaricia por el oro y preciosos metales que manejaba. Su aplicacion constante al destino que le habia dado la divina Providencia, junto con la profundidad de su ingenio y un noble desinterés en sus manufacturas, le hicieron en breve tiempo superior á sus maestros y el platero más célebre de su siglo, sin que su habilidad le hiciese orgulloso, ni su aplicacion al trabajo le separase de las obligaciones del cristiano.

Frecuente en la oracion, en el templo, y en los ejercicios de piedad; mortificado, austero, penitente; más parecia anacoreta que artesano. Aplicado á su obrador, activo y laborioso en su arte, parecia multiplicarse en su presencia, segun la diversidad de sus funciones ó las necesidades de sus prójimos. Aquí trabaja, allí ora; aquí fatiga sus miembros con el martillo, cincel, las gratas y el buril; allí los reduce á servidumbre con la disciplina y el ayuno; aquí enseña á sus discípulos á perfeccionar sus obras; allí edifica al pueblo con su asistencia religiosa al templo; aquí los instruye á fundir el oro, los metales preciosos para las manufacturas de su arte; allí les enseña á derramar y liquidar el corazon delante de Dios. Aquí engasta con los

metales las piedras más preciosas, haciéndolas resaltar con su brillo; allí, en fin, graba en su corazon y en el de sus discípulos las virtudes cristianas, estas preciosas margaritas de valor inestimable. Léjos de su obrador las conversaciones fútiles, las palabras ociosas; léjos de su obrador, falta de exactitud, de integridad y legalidad en las obras, que arruinan á un mismo tiempo el arte y las conciencias de muchos de sus profesores; léjos esta falta de ley en los metales, que lleva consigo el deshonor del arte. Yo, señores, no pretendo agradar á los hombres, ni temo su censura cuando se trata de la causa de Dios: soy, aunque indigno, legado de Jesucristo; y como tal os anuncio sus divinas voluntades; no sea que haciendo traicion á la verdad requiera el Señor vuestra sangre de mis manos. Digo, pues, á nombre suyo y delante de los ángeles de paz de este templo, que todo platero que no trabaja sus manufacturas á imitacion de Eloy, esto es, con la perfeccion de que es capaz, con la integridad y fidelidad que debe, es reo de hurto delante de Dios, que no dejará impune su delito; es responsable á su pátria y al estado del deshonor de su profesion, del atraso y ruina de su arte. No nos engañemos, señores; Dios no será burlado. Eloy es vuestro patrono, pero vuestro fiscal al mismo tiempo, que condenará vuestras obras si son contra ordenanza.

Ni debéis contentaros con desempeñar exactamente estas obligaciones del arte; debéis tambien imitar á Eloy en el cumplimiento de las de la religion. Este irreprochable artesano, temeroso de Dios, aspira á la perfeccion cristiana. Á este fin comienza por una confesion general de todos sus defectos, y emprende una vida penitente. Como otro David, trae siempre sus pecados delante de sus ojos; riega sus vestiduras y su lecho con lágrimas de compuncion; se levanta muy de mañana á meditar en la ley santa de su Dios, y no cesa de derramar lágrimas penitentes, hasta que, no ya un Natan, profeta, sino un cortesano del Cielo le asegura, que sus culpas están olvidadas. Figuraos desde este momento á Eloy como un hombre celestial sobre la tierra. Su conversacion es con el Cielo, y padece las más vivas ánsias por desatarse de los vinculos de la mortalidad y unirse á su Criador como otro Paulo. El mundo le disgusta, y solo halla santidad en los bienes eternos. Tesoros idolatrados de los mortales, vosotros no pudisteis corromper á Eloy, que aspiraba sin cesar á conseguir la preciosa margarita de Jesucristo, con quien vive crucificado y sepultado al mundo. Mas ¿quién podrá reducir á compendio el cúmulo de virtudes heroicas con que Dios distinguió á este santo platero? Al paso que trabajaba con sus manos en los tesoros de la tierra, grababa en su alma el amor del Señor y la caridad para con el prójimo, que miraba como

joyas de infinito valor y como su único patrimonio. La noche, que parece debía servir de reposo á sus cansados miembros, servia en la mayor parte al ejercicio de la oracion, á sus vigiliass y penitencias; tan continuas, que más parecia esqueleto animado que hombre.

Como la caridad es tan ingeniosa, le proporcionaba tiempo y medios para llenar todas sus obligaciones; de suerte, que, sin faltar á la de su trabajo, visitaba los enfermos, servia en los hospitales y casas de misericordia; y sin más fondos que los de su trabajo é industria, redimia cautivos, socorria huérfanos y viudas; y cual otro Abrahán, ejercitaba la hospitalidad con los peregrinos. Vida maravillosa y ejemplar, que, al paso que le conciliaba el amor de Dios, le atraia la benevolencia de los hombres y la reputacion entre los príncipes. Bien sabeis cuan grande fué la que gozaba en la córtes de Dagoberto y de Clotario, donde vino á ser árbitro del corazon de estos monarcas. Pero esta reputacion, que emplean de ordinario los grandes en satisfacer sus pasiones ó saciar su ambicion y su avaricia, solo servia á Eloy de estímulo para aumentar su caridad para con los pobres, y extender el culto del santuario. ¿Qué de necesidades no socorrió? ¿Qué de limosnas no hizo en aquella célebre embajada de Inglaterra, á que le comisionó Dagoberto? Al paso por los lugares pequeños de Francia tocaba sus miserias, y exclamaba lleno de compasion: «¿Qué es eso? ¿Cómo engañan al rey los que andan á su lado, diciéndole que está sobrado el reino, siendo así que perecen los lugarillos? ¿Por ventura el rey es solamente Paris y Lyon? Porque la córte vista bien, coma con regalo, pasee con pompa, ¿basta esto para decir que está descansada la Francia?... Yo volveré al rey, y le informaré del estado de su reino, que como é l no lo ve por sus ojos, no es mucho que los aduladores le engañen. Mas, entre tanto, hermanos míos, repartid á los pobrecitos cuanto llevo, que Dios nos proveerá.» Tanta era su confianza en el Señor, y tanto el ardor de su caridad para con el prójimo. Seria nunca acabar si quisiese hablaros una por una de sus heroicas virtudes en calidad de seglar: ya es tiempo de presentaros las que ejercitó como obispo.

Clodoveo quiso proveer á la Iglesia de un prelado tan ilustre que pudiese ser ejemplar de los demás. Así, á pesar de su renuncia, que presentó con lágrimas, le hizo consagrar obispo noviomense, en 14 de marzo de 650. Una dignidad tan elevadas olo sirvió para humillar más y más el corazon de Eloy. Siente desde luego el grave peso de sus obligaciones, y arde en el deseo de promover la causa de Dios y el bien de sus hermanos, que son, principalmente, las dos cosas que califican el ministerio episcopal.

El celo de la honra de Dios, esta especie de pasion santa, fruto de la caridad y estímulo de la misma; este deseo ardiente de santidad, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los gentiles y despreciado de los herejes y malos cristianos; el celo, digo, de la honra de Dios, viene á ser, por decirlo así, el carácter de Eloy, que nada desea con más ánsia que ser anatematizado por su amor á Cristo. Dios, que en otro tiempo habia suscitado doctores para confundir á los herejes, suscitó á Eloy contra los enemigos de su ley y contra las tinieblas de la ignorancia y del error. Los simoniacos, que infestaban á la sazón la Francia, proveyeron abundante materia á su celo. ¿Qué de conferencias, ya privadas, ya públicas, no sostuvo contra ellos? ¿Qué de veces no los confundió con sus sermones? Hizo presente á Clotario, cuán lamentable desórden es comprar los officios y dignidades eclesiásticas, haciendo materia de codicia lo que debiera servirles de temor. De ahí los célebres decretos de aquel piadoso monarca contra los simoniacos; decretos que deberian estar grabados sobre las puertas del santuario en todo tiempo, para impedir que nuevos hijos de Heli lo deshonrasen, y que hombres intrusos encendiesen fuego profano en presencia del Señor. Lástima inconsolable es, que en medio de tanto pretendiente injusto, apenas se halla un Eloy que se oponga con vigor á sus designios.

Mas ¿quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su celo episcopal? ¿Qué solicitud igual á la de Eloy, que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo, y que habia por si solo á predicar al pueblo; á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos y á disputar con los herejes? Pero nada le parece bien hecho si, confundidos éstos y reconciliados con la Iglesia, no destierra las densas tinieblas de la idolatria. ¡Qué hermosos son, oh Dios mio, los pasos de este evangelista de la paz! A ninguno olvida el que á todos ama en Jesucristo. Devora en sus deseos la conversion de los gentiles: les predica oportuna é importunamente, segun el precepto de S. Pablo; los confunde, los aterra, los convence, los ablanda, los instruye, los convierte. ¡Qué de fatigas por ganar á Dios aquellas almas! ¡A qué peligros no se vió expuesto por el furor de sus enemigos, y por la barbarie de los gentiles! ¡Qué de dias y noches no pasó por los caminos y desiertos, sin otro alimento que el ardiente celo por la salud de las almas! ¡Cuántas injurias no sufrió Eloy de los gentiles de Amberes, de la Flandria, de la Frisia, de la Suecia, y de otras gentes bárbaras de la costa septentrional! ¡Cuántas veces no le negaron la comida y el hospedaje, teniendo que pasar las noches en campo raso y sobre duras peñas! ¡Cuántas veces, en fin, no pusieron asechanzas á su apreciable

vida! Pero ni la hambre, ni la sed, ni la persecucion, ni los peligros, ni las aguas de la ingratitud pudieron extinguir su ardiente caridad, ni retardar los impetus de su celo episcopal. Todo lo sufre alegre, todo lo tolera por conquistar almas para el reino de Dios: enciende por todas partes la piedad, y hace brillar el santuario. No digas ya que estás desierta, ¡oh Iglesia santa! deja los vestidos de luto, hija hermosa de Sion, adorna tu casto tálamo con las galas de tu mayor solemnidad. Hé aquí á un fiel amigo tuyo, que agrega á tu rebaño una innumerable multitud de almas, aplicadas ántes por trofeo al carro del demonio. La impureza, la religion, la usura, la mala fé, los juramentos, las blasfemias, desaparecen á presencia del celo de tu hijo Eloy, y las tinieblas de la ignorancia y del error se disipan.

A los esfuerzos y frutos de su celo unid, señores, los admirables rasgos de su misericordia con los pobres para formar justa idea del mérito episcopal de Eloy. Los indicaré tan solo para no molestar vuestra atencion. Desde sus primeros años miraba á Jesucristo en los pobres; en su desnudez contemplaba la de su Salvador en la cruz; curaba sus llagas venerando en ellas las de su Redentor; cuando encarcelados, los visitaba como si viese á Jesucristo en prisiones. Léjos de Eloy este desagrado, ó por mejor decir, este desprecio de los pobres, tan ordinario en los poderosos, como si fuesen ellos dueños absolutos de sus riquezas, ó como si Dios no les hubiese constituido administradores de los necesitados. Las manos de este obispo estaban siempre abiertas para ellos; y Dios, para significarle cuanto le agradaba esta misericordia con los pobres, se dignó acreditarlo á fuerza de milagros, ya multiplicando en las vasijas de su siervo el vino, ya los dineros de su bolsillo para que no faltase á su confianza este consuelo, ni á los pobres de Jesucristo este alivio. Tratábalos con indecible cariño, sentábalos á su mesa, lavábalos los pies, servíalos con alegría. ¿Quién estuvo necesitado que no fuese amparado? ¿quién caído que no recibiese la mano y el amor? Tenian los sanos envidia á los enfermos, viendo que á éstos les sobraba lo que ellos no tenían. Los pobres, para decirlo de una vez, le tenían por padre y único alivio en sus miserias; los afligidos por su consuelo, los enfermos por su médico, los pecadores por su abogado, y los virtuosos por su maestro.

Oid sobre la misericordia de Eloy un breve testimonio de sus labios en su homilía contra los ricos: «Guardaos siempre del camino ancho, que lleva á la perdición; y entrad por el estrecho, que vá á parar en la bienaventuranza. En vuestros banquetes llamad á los pobres y peregrinos, porque así lo amonesta el Señor con estas palabras: Cuando haceis alguna comida espléndida no llames para ella á los

ricos, para que ellos, á su vez, te conviden á tí, y quedes con eso pagado; sinó llama á los pobres, á los flacos, á los ciegos y cojos, los cuales, porque no te pueden convidar, te darán la retribucion en el convite eterno. Porqueno es justo que en el pueblo cristiano, dondetodos fueron redimidos con un mismo precio y sirven á un mismo Señor, tengan unos el estómago satisfecho con espléndidos y costosos manjares, y estén los otros padeciendo de hambre. Pecado es que esté la pollilla comiendo los vestidos que os sobran, no teniendo los pobres con qué cubrir sus carnes. ¿Porqué no afendeis á que nacimos todos iguales en este mundo, á que caimos desnudos en la tierra, á que tenemos la misma condicion humana, á que servimos á un mismo Señor, y á que hemos de salir de esta vida y estar juntos en el Cielo? ¿Por qué no comerán en nuestra mesa los pobres, que despues nos acompañarán entre los ángeles? Conducido nuestro Santo por estos principios daba siempre lo que tenia.

Este es, señores, Eloy, vuestro tutelar y patrono; este es vuestro ejemplar y maestro. La integridad de sus costumbres, el noble desinterés y fidelidad en las obras de su profesion, su aplicacion al trabajo y á los ejercicios de piedad, su celo por la honra y gloria de Dios, y sus entrañas de caridad para con los pobres; sus vigiliias, ayunos, y penitencias; sus trabajos apostólicos por la Iglesia en todos los estados de su vida, que le elevaron á tanta gloria, son otros tantos poderosos motivos de imitacion, así en orden á vosotros, como por parte de los prelados de la Iglesia. Teman todos despreciar su ejemplo y su fidelidad en las funciones de su ministerio, porque en el dia de la ira será un terrible fiscal, que acusará vuestra negligencia é infidelidad, la relajacion de vuestras costumbres, vuestra falta de celo por la honra de Dios y por el alivio de los pobres. «Vosotros, »pues, hermanos míos, concluyo con palabras de vuestro padre »Eloy: no desprecieis estas verdades, que me ha parecido proponeros para vuestra salvacion. Delante del acatamiento de Dios y de toda »la Corte celestial que me escucha, he procurado cumplir con la »obligacion de mi ministerio. La vuestra es abrazar esta doctrina, »haciendo siempre la voluntad de Dios para conservarlos limpios de toda mancha.» Atended á la cantera de donde habeis sido cortados. Si Eloy es vuestro tutelar y patrono, que sean de Eloy vuestras obras. Este es el verdadero culto que espera de vosotros; este es el que la Iglesia nuestra madre se propone en las solemnidades de los santos; este, finalmente, el que Dios quiere de vosotros para bien de vuestras almas, y para que su adorable nombre sea glorificado en los Cielos y en la tierra. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE LOS STOS. MÁRTIRES EMETERIO Y CELEDONIO.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fé.

(I JOANN. V. 3.)

El cristianismo ha dominado al mundo por medio de la fé, por las virtudes que ella engendra, y por los sacrificios heroicos á que ella anima. La lucha que contra él sostuvieron las preocupaciones, los vicios y los errores fué larga, tenaz y sangrienta. No era posible que el mundo cambiase las costumbres inspiradas por un paganismo sensual, arreglándolas á la pureza de la nueva ley: las pasiones y los intereses mundanos se hallaban muy bien á la sombra de una legislación que les permitía todas las satisfacciones. La naturaleza corrompida, dando culto á un ídolo, que representaba la defecación de los vicios del hombre; cómo había de hacer pedazos sus dioses, para adorar la Cruz, que le exige tantos sacrificios? El imperio, cuya grandeza y solidez se suponía descansaban en la protección de los llamados dioses inmortales; cómo no había de considerar enemigos suyos, enemigos de lesa nación, á los que despreciaban sus falsas divinidades? Los emperadores mismos, que trastornado el fundamento del imperio con la nueva doctrina que el cristianismo enseña, veían también profanados sus derechos tiránicos, y vacilar sobre sus cabezas las coronas; cómo no habían de llamar reos de lesa majestad á los discípulos del Salvador? Ved ahí el origen natural, digámoslo así, de las persecuciones sufridas por los cristianos. Deben, pues, parecerse sobrenaturales las conversiones, sobrenaturales los sacrificios, sobrenaturales los testimonios que daban de la fé los mártires. Por eso el martirio, con todas las circunstancias que concurren en los mártires cristianos, es una prueba de la divinidad de nuestra reli-

gion; pues sin una luz sobrenatural, cómo había de ver el hombre, en el fondo de aquello mismo que ama, el motivo poderoso para aborrecerlo? Sin una fuerza divina, cómo podía vencerse á sí mismo venciendo todas sus pasiones? Cómo había de sacrificar su existencia, si una fuerza superior al instinto de la vida no le sostuviese en la lucha donde pelea su corazón contra sí mismo, y por obtener una recompensa que solo la fé le descubre? Quien en esta clase de sacrificios no descubra la intervención de una luz y de una fuerza divina, no sé donde podrá descubrirla.

Los ilustres mártires, cuya memoria celebramos hoy, son y serán siempre unos monumentos perdurables de la gran victoria adquirida por la fé contra la superstición pagana. Emeterio y Celedonio lucharon generosamente por sostener sus creencias contra el torrente devastador de los errores sin cuento, que se desbordaban en su época, é intentaban arrastrar en pós de sí la inteligencia y el corazón humanos. Ellos, á trueque de conservar intacto el gran principio de la fé, no temieron las contradicciones, ni sucumbieron ánte los tormentos, ni se dejaron acobardar por la tiranía; por la fé y con la fé triunfaron de la seducción, se hicieron superiores á la fuerza, menospreciaron la vida, se abrazaron con la muerte; y desarrollando un valor sobre humano, contribuyeron poderosamente á extender las conquistas del Evangelio; y mostrándose pródigos de una sangre en todos conceptos preciosa, dieron un gran empuje á la victoria del cristianismo, contra un mundo supersticioso é impío. Hé ahí porque, al proponerme hoy tejer la mística auréola de nuestros esclarecidos compatriotas, adopté aquellas palabras tan bellas de los santos libros, que con el mayor laconismo, pero con inimitable propiedad, reúnen el más positivo elogio de esas dos glorias de nuestra España: *Hæc est victoria quæ vincit mundum; fides nostra.* ¿Y en qué consiste este triunfo? He lo aquí: el mundo, menospreciando la verdad, corría en pós del error é intentaba perpetuar su imperio. Emeterio y Celedonio, con su heroica y gloriosa muerte, dieron un testimonio irrecusable de la divinidad del Evangelio. Haga el Señor que acierte yo á desenvolver dignamente un asunto tan interesante y propio para enardecer los pechos católicos en el amor de esa fé, que es y ha sido siempre el origen de nuestras glorias. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

Para apreciar en su justo valor el mérito de la fé de los primeros héroes del cristianismo, es preciso haber estudiado la historia antigua, y profundizado el inmensurable caos de errores y delirios en

que se lanzará el mundo pagano. Necesitábase un convencimiento íntimo, junto con una abnegacion extraordinaria, para poder resistir á unas supersticiones, que de largo tiempo venían rodeando de cuanto más brillante y seductor puede ofrecerse á la imaginacion del hombre. A todos los actos de la vida, pública ó privada, estaban ligados los más bellos recuerdos, contribuyendo en gran manera á hacer respetables las más minuciosas prácticas del culto antiguo, la pompa y la majestad de los sacrificios, la multitud y variedad de las ceremonias, y todo aquel fastuoso aparato que desarrollaba la poesía y la elocuencia, para dar mayor importancia á unas creencias, que de suyo halagaban ya demasiado las pasiones del hombre. Pero la fé, que estaba llamada á dominar el mundo, si bien á costa de grandes luchas y de costosos triunfos, produjo ejemplos preciosos de heroísmo, que, en proporcion que más orgulloso se alzaba el error, hacían frente con mayor energia á los misteriosos ensueños de la idolatría, y probaban el origen exclusivamente divino de aquella religion inaugurada en el Calvario con la sangre del Nazareno.

¡Cuán brillante y hermosa se deja ver esa fé en nuestros inclitos hermanos Emeterio y Celedonio! ¡Qué influencia tan irresistible no debían tener en sus corazones unas creencias embellecidas con todo el aparato de la seducción, tanto más viviendo en la peligrosa profesion de las armas, dó reina, por lo comun, la licencia de las pasiones más fogosas! ¡Qué heroísmo tan singular no les era necesario, para oponerse á unos errores tan hondamente arraigados con el trascurso de los siglos! Sin embargo, no bien una luz celestial les descubre la falsedad de los principios de la idolatría, decláranse resueltamente por los verdaderos principios del Evangelio. Tiempo hacía, que seguían las águilas romanas en la séptima legion que Augusto César habia organizado y colocado en Dalmacia, y que fué trasladada, primero, por órden de Neron, á Siria, y más tarde, por Nerva ó Trajano, á España, en donde á la sazón fijara sus cuarteles cerca de la antigua Sublancia; de cuyas ruinas se levantó otra nueva ciudad para morada de estos soldados, á la cual por este motivo llamaron *Legio*, y ahora nosotros, Leon. Todo en derredor de ellos conspiraba á contaminar sus almas con los fétidos miasmas de la supersticion; pero el Cielo, que los reservaba para sí, no permitió que fuesen victimas de la mentira. En el fondo de su corazon oyen la voz de Jesucristo que los llama; descubren la luz de la verdad, que se presenta á sus ojos radiante y esplendorosa como el astro del dia, y en un instante se verifica en ellos un cambio el más feliz. Hasta ahora

juzgaban un honor vestir las insignias militares, y llevar en sus manos aquellas banderas vencedoras que diéran la vuelta al mundo, siendo el terror de sus enemigos; pero, apénas conocen á Jesucristo, se despojan de sus armas, renuncian sus grados, y abrazando la cruz, que triunfó del mundo y del Infierno, resuelven emplear en defensa de la religion aquel valor, de que mil muestras diéran un día en pró de la indemnidad del imperio. Ellos no pueden mirar sin horror unas deidades, que representan la mistificación de los vicios más degradantes y se honran con unos sacrificios impuros. Sus convicciones no les permiten contribuir, ni aún indirectamente, á la defensa de una causa, que lleva consigo la propagacion de aquel culto infame, enemigo declarado del culto del verdadero Dios. Juzgan, que no les es lícito continuar en el servicio de un príncipe, desde el momento que éste declara una guerra abierta contra el Salvador, y persigue á los que rehusan desertar de su fé. Abandonan, pues, el servicio de los Césares, se decláran abiertamente por los verdaderos principios del Evangelio, y de esta manera desmienten los falsos principios del error.

Después de haber hecho una confesion explicita de sus creencias sabrán sostenerlas á todo trance. Llegado es el momento. La tiranía de los Césares de Roma se arma de una crueldad inaudita contra los discipulos del Crucificado. No habia opcion, entre abrazar los errores del politeísmo, ó morir á fuerza de multiplicados y exquisitos suplicios. ¿Quién podrá expresar el anhelo con que Emeterio y Celedonio suspiran por dar un público testimonio de sus creencias? El Cielo les ofrece ocasion oportuna para realizar sus cristianos deseos. Calahorra gime bajo la opresion de los tiranos; por sus calles y plazas resuena el eco del pregonero, que con desmesurada voz publica el edicto imperial, en que se convoca á los cristianos á ofrecer sacrificio á los ídolos, so pena de incurrir en los más severos castigos. Los gritos de la religion perseguida llegan á los oídos de aquellos dos ilustres atletas, que nada apetezen tanto como salir á su defensa. El Espíritu del Señor les urge, la gracia les impele, la fé les arrastra hácia donde es mayor el peligro y más arriesgado el combate. Hedlos frente á frente del tirano defendiendo sus creencias. En vano se les arguye de infieles, por haber desertado de los estandartes romanos para abrazar una secta despreciable. Lo que el tirano llama despreciable, arrebató todos los afectos de Emeterio y Celedonio; quienes, habiendo sido llamados por una voz interior á militar bajo los estandartes de Cristo, se hubieran creído envilecidos continuando en el servicio de los Césares. En vano pinta el tirano con los más her-

mosos coloridos el risueño porvenir que deben prometerse, toda vez que, abandonando para siempre el culto de los cristianos, adoren á los dioses inmortales, y vuelvan á empuñar las armas y servir á los emperadores. «Nosotros, que por la santa y celestial regeneracion participamos de la vida y espíritu de Cristo, responden los dos santos hermanos; nosotros, que por el dón divino que recibimos somos hijos suyos, no debemos aspirar á las riquezas despreciables del tiempo, y mucho ménos volver á la esclavitud de un siglo impio, al cual dejamos de pertenecer. Léjos de nosotros tamaña maldad; jamás podrá mezclarse la luz de la fé con las hórridas tinieblas del error. Demasiado hemos hecho consagrando al servicio de un monarca terreno la flor de nuestra juventud y las primicias de nuestra vida; justo es que consagremos lo que de ella nos resta al Rey inmortal de los Cielos. No se nos hable, pues, de honores militares; no se nos venga con collares de oro, vanas insignias de un valor mal empleado en las sangrientas guerras del mundo; nosotros aspiramos á una recompensa más excelente, al honor de los moradores del Cielo, que nunca concluye y siempre es nuevo.»

¡Mártires generosos! vuestra es la victoria: el Infierno ha temblado al oír vuestra heroica decision; el paganismo ha quedado inermó á vuestros piés. ¿Qué importa que éste prepare suplicios é invente tormentos para affligir vuestra carne? A vuestro lado está el Dios de la fortaleza; con vosotros luchará el Dios de las batallas; os será dado un corazon de diamante y un alma de bronce, en donde los dardos del enemigo rechazarán con violencia. El Señor será vuestro protector, y Él os salvará, porque habeis merecido su amor; su ángel no os abandonará, pues de vuestra parte está la justicia. Con efecto: Emeterio y Celedonio son entregados á verdugos, que agotan sobre sus inocentes cuerpos toda su rabia infernal. Nunca el ódio pagano se habia manifestado tan tenáz en multiplicar los medios de violencia; nunca tal vez habia ensayado tan exquisitos suplicios contra sus victimas como en el martirio de nuestros Santos. La tradicion constante de los primeros siglos conviene, en que éste fué de los más atroces que se vieron en aquella época; y una prueba evidente de la inaudita crueldad con que la tiranía se enseñó en estas dos ilustres victimas es, el especial cuidado que tuvo en evitar la publicidad de las circunstancias de este suplicio. Mas ¿cuál fué el resultado de tales esfuerzos? ¿Qué es, en consecuencia, lo que consiguieron de los dos ilustres hermanos? Lo mismo que las espumosas olas del mar, cuando, ensoberbecidas por el furioso aquilon, se levantan en masa contra las rocas. Arrójanse unas tras otras con impé-

tuosa violencia: en el momento, parece haberlas sepultado en el abismo; mas un instante despues, desaparecen aquellos montes de espuma que habian formado, y á despecho de sus horribles bramidos, las rocas vuelven á aparecer en el mismo sitio, alzando orgullosas su empinada cresta y como insultando la impotencia de su enemigo. Así aconteció en el caso presente. Por más que el juez, burlado y escarnecido por la constancia invariable de unos hombres, de quienes esperaba conseguir un fácil asentimiento á sus propuestas, apure todos los medios que pueda suministrarle el despecho; nada consigue sinó dar un nuevo realce á la victoria de los dos santos mártires. Su corazon á todo resiste; ni se debilita ni se conmueve: es una roca firmísima, donde se estrellan las tempestuosas oleadas del paganismo.

Pero tiempo es ya de que los incultos confesores de la fé dén el último ataque al Infierno, confundiendo la orgullosa temeridad de la ciencia pagana con el testimonio más auténtico de la divinidad del catolicismo. La constancia que manifestaban los mártires en padecer por la fé, les proporcionaba con frecuencia los más brillantes triunfos. Todo el empeño de la ciencia pagana se dirigia á neutralizar la influencia que sobre los idólatras ejercia el heroismo de los mártires; por eso Dios, que se habia propuesto avasallarla con la ciencia de la religion, no solamente infundia á los fieles aquel valor que les hacia despreciar los dolores y burlarse de la muerte, sinó que, en mil ocasiones, hacia brillar el poder de su diestra con pruebas incontestables del origen divino de la fé por la que combatian. Los unos, andaban sobre las aguas; los otros, reposaban tranquilamente en medio de un fuego abrasador sin experimentar sus efectos; á estos, les halagaban los leones cual si fuesen mansos corderos; á aquellos, el acero no les cortaba las carnes. ¡Cuántas veces los mismos verdugos se convierten en panegiristas de sus victimas y se asociaban á su martirio! El Cielo, que se habia mostrado pródigo en comunicar su gracia á nuestros dos Santos para luchar gloriosamente, quiso tambien autorizar su victoria con un acontecimiento prodigioso, que obligó á los paganos á reconocer la existencia de un principio sobrenatural y divino en la fé de los discípulos del Evangelio. Cansada ya la tiranía de atormentar á las dos victimas, fulminó por fin una sentencia definitiva, mandándolas degollar. Llenas éstas de gozo y de celestial satisfaccion se dirigen al lugar del suplicio; pero ántes de ofrecer sus cuellos al verdugo, que espera impaciente el momento de consumir el sacrificio, Emeterio se quita una sortija de oro que traia, y Celedonio un pañuelo que le servia para limpiar el sudor del rostro; ambos arrojan al aire estos obje-

tos, como prendas que han de precederles en el camino que sus almas van á emprender: una suave brisa empuja hácia el Cielo aquellos dones; los adoradores de los ídolos quedan estupefactos; el verdugo, sobrecogido de espanto, no puede por algun tiempo ejercer su oficio; pero, al fin, descarga el golpe, y las almas de los santos mártires, hendiendo los aires, vuelan á la region de la inmortalidad.

Almas virtuosas, el mundo ha quedado vencido á vuestros piés. Vuestra muerte generosa y heroica es un testimonio irrecusable de la veracidad de las máximas evangélicas. Jamás el paganismo fué capaz de elevar la natural debilidad del hombre á ese grado de heroicidad, que sabe mirar como nada los tormentos y la muerte, toda vez que se trata de permanecer fiel á los sagrados compromisos de la religion. Unas máximas falsas en su origen no pueden engendrar una conviccion íntima, suficiente para arroyar por ellas peligros ciertos y males positivos. Haya habido en buen hora entre los idolótras hombres fanáticos, que en un exceso de exaltacion febril se lanzasen á morir por sostener sus envejecidas preocupaciones; ni el número de éstos, ni los caracteres de su bárbaro sacrificio, ni las circunstancias que acompañaban esos actos de loca embriaguez, pohrán nunca, que fuesen creíbles los principios que profesaban. Este género de pruebas estaba reservado al catolicismo, porque solo sus máximas, como emanadas de la verdad misma por esencia, pueden producir en el espíritu del hombre un convencimiento superior á todas las teorías, ó infundir en los corazones el valor suficiente para sostenerlas contra todo el poder del mundo. Solo este convencimiento íntimo de la veracidad de los principios evangélicos pudo producir en nuestros esclarecidos santos Emeterio y Celedonio, aquel valor tan imperturbable con que confesaron su fé ante un juez cruel; aquella firmeza tan extraordinaria con que resistieron á sus promesas y halagos, no ménos que á sus fieros y amenazas; aquella alegría tan admirable con que toleraron los más acerbos dolores; y, sobre todo, aquella tranquilidad de espíritu, aquella dulzura apacible, aquella resignacion modesta que mostraron en medio de los suplicios. ¿Hay en esto algo que pueda parecerse á la orgullosa arrogancia de los hombres supersticiosos que el error cuenta entre sus mártires, los cuales, si bien, en ciertas circunstancias, preferian la muerte á abandonar aquellas creencias, que venia alimentando en ellos desde su cuna una grosera preocupacion, llegado el caso, desmentian todo aquel valor de que ántes hacian alarde, y solo manifestaban un cinismo insensato y la más horrible desesperacion? ¡Ah! no es posible fijar una linea de comparacion entre nuestros santos mártires y los que, como tales, nos pre-

sentan los antiguos cultos: la diferencia entre unos y otros es enorme, porque entre los motivos que inducian á aquéllos á despreciar la vida por salvar su fé, y los que movian á éstos á mirar con indiferencia esta misma vida por no variar de principios, existe un caos inmensurable. Los unos contaban con una revelacion divina; los otros se apoyaban en una tradicion humana: los primeros profesaban dogmas en un todo conformes á la razon; los segundados seguian doctrinas altamente inmorales; aquéllos veian confirmadas sus creencias por los oráculos de los profetas, por los milagros de los apóstoles, por los escritos de los hombres más sabios y virtuosos; éstos no podian confirmar los suyos sinó con los fabulosos ensueños de los poetas ó con las insulsas ficciones de la mitologia. Es pues evidente, que el heroismo de los santos mártires es un testimonio ostensible de la veracidad de las máximas del Evangelio, que excluye de todo punto cuantas el paganismo venia autorizando á través de los siglos.

Alégrate hoy, Calahorra ilustre, que mereciste ser regada con la sangre de Emeterio y Celedonio. Rebose en santo júbilo la Iglesia de España al contemplar sus glorias; entone himnos á los dos santos hermanos, frutos ópimos de su admirable fecundidad. Dignos son de recibir honra y prez unos héroes tan inclitos, que tan poderosamente han contribuido á hacer grande y envidiable á nuestra nacion. Y en tanto nosotros, hijos de esta misma madre, esforcémonos á seguir las huellas de nuestros santos compatriotas. ¿De qué nos serviria ensalzar hasta las nubes su heroismo, si como ellos no fuésemos fervorosos cristianos? Su fé seria la mayor confusion de nuestra incredulidad; su constancia el oprobio de nuestra cobardia; su fiel perseverancia en confesar á Jesucristo, el fiscal más severo de la debilidad, que, con frecuencia, nos arrastra á negarle con nuestras obras; su gloria misma se convertiria para nosotros en baldon, y su triunfo nos recordaria nuestra ignominia. Léjos de nosotros tamaña desventura: luchemos decididamente contra los enemigos de nuestra salvacion; nada temamos, pues nuestra santa fé sabe obrar portentos y maravillas: con ella vencieron nuestros ilustres mártires, y con ella venceremos tambien nosotros. Solo así seremos dignos de conseguir la palma inmortal á que aspiramos; solo así mereceremos uniros á la perdurable bienaventuranza que Emeterio y Celedonio gozan en la region de los inmortales. ¿Y por qué no hemos de combatir como ellos? ¿Qué puede detenernos? ¿No es el mismo Dios á quien servimos el que sirvieron nuestros ilustres Santos? ¿No tenemos iguales armas para pelear y vencer? ¿Qué, pues, nos arredra? ¿Nuestra debilidad? Poderosísimo es el Señor para sostenernos, toda vez que en Él

pongamos nuestra confianza y contribuyamos con nuestro fervor. Todo lo puede la gracia: y ésta es la que debemos esforzarnos en merecer con nuestra vida pura é intachable. Tenemos además en nuestros inclitos mártires unos interesados eficaces, que nos alcanzarán lo que acaso no nos sea dable conseguir por nosotros mismos. Interesémosles en nuestro favor; dirijamos por su medio humildes plegarias al Cielo; el Cielo no será sordo á los gritos de una sangre vertida heroicamente por la fé.

Dichosos y bienaventurados hermanos, mirad con benignos ojos á este pueblo, que os ofrece el homenaje de su admiración y de su amor. Alcanzadnos del Omnipotente gracias abundantes para imitar vuestros ejemplos, para que lleguemos á ser con vosotros eternamente dichosos en la Gloria.

PANEGÍRICO

DE SAN EMIGDIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Et stetit... in portentis et signis.
Y se sostuvo á fuerza de portentos y milagros.

(SAP. X, 16.)

Al contemplar la humanidad entera desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodia, no veo en ella sinó miseria, necesidad, turbacion, muerte. Si me pongo á considerar al hombre en particular, toco todavía más de cerca sus necesidades, sus miserias, su vida fugitiva, que se va deslizando por entre las sombras de la muerte. Desterrado en este inmenso valle de lágrimas y desventuras, el hombre anhela sin cesar al Bien supremo, y suspira con ánsia por la felicidad que en los primeros albores del mundo perdiéra. Desde que nace hasta que espira, dos sentimientos le acompañan constantemente: el de su propia miseria, y el de su bienestar. Tiernecito infante, comienza su carrera llorando su desgracia aún ántes de conocerla; y anciano trémulo, que dirige hácia el sepulcro sus vacilantes pasos, ve allá en el fondo de su corazon, y descubre al través de sus fugitivos años, un inmenso vacío, que jamás pudo llenar; un deseo innato, que jamás pudo satisfacer: se esfuerza en llenar aquél; aspira á satisfacer éste. La experiencia lo ha hecho ver, que ni el uno ni el otro, aunque se hagan sentir de un modo sensible, no pertenecen á la esfera de lo visible. El cristiano como el gentil, el niño como el anciano, el rico como el pobre, todos, todos experimentan en sí mismos y en lo que les rodea, necesidades, miserias, trabajos, muerte.

Lo que experimenta el hombre en particular, eso mismo experimenta la humanidad en general, en proporciones inmensamente mayores. El género humano es ese gran enfermo, cuyo vasto lecho es el órbe que habitamos; sus males aquejan á todos los descendientes de Adán: pestes, calamidades atmosféricas, sequias espantosas, diluvios dañinos, tempestades assoladoras, hambres, guerras, con-

vulsiones; hé ahí lo que vemos sucederse de siglo en siglo, extenderse de playa en playa, y hacerse estacional en el seno de la humanidad, en la region que le sirve de albergue. El género humano es ese Job de sesenta siglos, ulcerado y desnudo, revolcándose en el muladar de este mundo; sus ayes y lamentos resuenan por todas partes. No hay albergue ni caverna, no hay valle ni monte, no hay selva ni soledad á donde no vaya á espirar algun ¡ay! lastimero, alguna voz doliente, algun sollozo mal comprimido.

Católicos, nada exagero: poned la mano sobre vuestro corazon; echad una ojeada por el mundo, y vereis, que la realidad estan cierta como triste. ¿Estaremos, pues, condenados fatalmente á ser esclavos del genio del mal? ¿Es que se habrá despojado el Señor del atributo más precioso, de la misericordia, por no permitir sino á la justicia el dominio sobre el universo moral, la dirección del universo físico? ¡Ah, católicos, no abrigueis ideas tan tristes! El mal nos cerca por dó quiera, es verdad; pero el remedio es más poderoso que el mal; y en definitiva, el bien sobreabunda aún en nuestra vida caduca y fugitiva. Dios nos pone en las manos tantos remedios y tan soberanamente eficaces, que el mal, no solo no nos puede dañar, á ménos de no quererlo nosotros, sino que El mismo es la ocasion de mayor bien. No parece sino que se agotan los tesoros de la divina bondad cuando algun mal viene á aquejarnos. Y no solamente esto, sino que, como si fueran todavía pocas las finezas que Dios obra por si mismo á nuestro favor en tiempo de la tribulacion, todavía ha abierto otros tantos canales como hay santos en el Cielo y en la tierra, para derramar con más y mayor abundancia sobre el campo de nuestra enferma humanidad toda suerte de consuelos, toda suerte de remedios. El glorioso S. Emigdio ha sido en todo tiempo poderoso abogado contra los vicios, contra las tentaciones del demonio; y para más excitar nuestra fé, el Señor nos ha librado por la intercesion de este santo, de la furia de las tempestades y de mil otras públicas y privadas calamidades. Así lo ha experimentado la Italia, el Africa, las Galias, la España, las Américas, la cristiandad entera. Deseando contribuir, en cuanto mis débiles alcances lo permitan, á ensalzar las glorias del Santo, objeto hoy de vuestra fervorosa piedad, me propongo en este discurso hacerlos ver en S. Emigdio, un santo escogido de Dios y presentado por El á nuestra veneracion, para el socorro de nuestras necesidades espirituales y temporales. Imploremos ántes el auxilio de la divina gracia: A. M.

La misericordia, dice la santa Escritura, es más válida que la jus-

ticia delante de Dios. Palabras consoladoras, palabras necesarias, para que no juzguemos esta vida como un presente el más funesto. Porque, en efecto, católicos; si no entreviéramos el bien, el remedio, el consuelo al través de los males que nos cercan de continuo, nuestra existencia sería un dón funestísimo, puesto que solo viviríamos para ser, ó testigos, ó autores, ó víctimas de tanta iniquidad, de tanta maldad como inunda la tierra, y que parece hallarse en posesion de ella desde tiempo inmemorial. Mas nó; el Dios bueno, el Dios misericordioso, el Dios que ha criado al hombre para hacerle feliz, no ha podido abandonarlo de tal suerte, que no le dejara otra alternativa, que ó ser esclavo del mal, ó escoger la muerte, el peor de todos los males, puesto que es la absoluta negacion de todo bien. La benéfica Providencia lo ha dispuesto todo de tal manera, que donde el mal fuese mayor, mayor fuera tambien el remedio; donde las ocasiones del pecado fuesen más numerosas, numerosísimos fueran tambien los socorros de la gracia. Todo, así en el órden moral como en el órden físico, todo ha sido dispuesto con peso y medida; todo balanceado y puesto en el mayor y más exacto equilibrio.

La intercesion y el patrocinio de los santos son uno de los canales, por donde la divina misericordia derrama sobre la árida tierra de nuestro corazon sus celestiales aguas, sus benéficos rocios, para fecundizarla en frutos de vida eterna. ¿Quién de vosotros no ha sido testigo de favores concedidos á la afligida humanidad por medio de estos héroes ilustres?

El Santo, cuyos cultos hoy solemnizais, es uno de los que más ha ilustrado el Señor con el dón de milagros, y con los prodigios obrados por su intercesion despues de su muerte. Muy escasas son las noticias que los anales eclesiásticos nos dán de su vida: la piedad de los fieles y la santa tradicion nos han trasmitido hasta nosotros algunas de ellas, que la voracidad del tiempo, ó los trastornos tan repetidos, han hecho desaparecer de los monumentos escritos. Pero, católicos; ¿cacaso esta pérdida material de un pergamino, más ó ménos extenso, es capaz de detener el curso de la ilustre memoria de un Santo, cuyas obras han sido tan portentosas? Seria pretender parar la corriente del aire con oponerle unas altas murallas. Cuando se graba en el corazon del hombre cristiano un beneficio, dos, ciento, mil, recibidos todos por medio de la intercesion de un tal héroe, ¿ereis que ni las persecuciones, ni las guerras, ni los trastornos de los imperios; ni esas trasmigraciones inmensas acontecidas más de una vez en el curso de la historia de la humanidad; creis, digo, que puedan bastar á borrar la memoria de hechos tan extraordinarios?

¡Ah, católicos! poco conocéis la solicited de la providencia del Omnipotente, si abrigárais en vuestros espíritus el menor recelo, de que se perdiéra la traza de hechos tan útiles á la santa Iglesia de Jesucristo. El Señor se cuida de perpetuar, por medios muy sencillos y naturales, la memoria de esos grandes hechos, consignándolos desde luego en el corazón de los que fueron testigos de ellos, é inspirándoles el cuidado de perpetuarlos de generacion en generacion.

San Emigdio floreció á principios del siglo cuarto, ó á últimos del tercero. Fué natural de Tréveris, la ciudad de los Santos, puesto que los cuenta por millares nacidos en su seno, y la mayor parte habiendo derramado su sangre por nuestro Señor Jesucristo. Fué oriundo de un linaje ilustre, llamado de los Francos, aunque de padres gentiles. A los veinte y tres años de su edad, y previos todos los largos y rigidísimos preparativos del cateumenado, recibió la fé de Jesucristo, á despecho de sus padres, que se lo impedían de todos modos, valiéndose de todas las mañas imaginables para que su hijo no profesase una religion que ellos detestaban. ¡Ah, católicos! vosotros, que tenéis la dicha de nacer de padres que lo son, y que hacen consistir su mayor dicha y la vuestra, en la de hacer inscribir vuestros nombres entre los de los regenerados por el santo bautismo; vosotros, que habéis tenido la dicha de nutrirlos en vuestra primera infancia á los pechos de vuestras madres cristianas; vosotros, á quienes vuestros padres proporcionan todo género de instruccion piadosa; vosotros, que habitais bajo la égida de un gobierno cristiano, católico y celoso defensor del cristianismo; vosotros, que vivís en una sociedad toda católica; vosotros, cuyos antepasados han profesado vuestra misma religion santa; vosotros, digo, no podéis imaginar siquiera, lo mucho que tenía que vencer la gracia para salir triunfadora de tantos obstáculos, y llenar el corazón de fortaleza, el alma de heroismo, para abrazar una religion, que en aquella época era un camino que conducia inevitablemente al martirio.

El jóven Emigdio hizo profesion pública de cristiano en lo más florido de su edad, cuando, sin faltar en el órden civil á lo que por las leyes debía á su padre, podia disponer de su propia persona. Despreció todo cuanto una posicion brillante le ofrecia en lo porvenir; holló los honores que el mundo le prometia; opuso un muro de bronce á las pasiones juveniles; y no vaciló un momento en consagrar sus fuerzas, su influencia, sus bienes de fortuna y las dotes bellas de que estaba adornado, á la defensa, á la práctica y á la predicacion del Evangelio. Apenas se declaró públicamente cristiano, cuando ya principió á ejercer el apostolado de la caridad, convirtió

á sus doce hermanos, y á muchos de sus compatriotas. Escogió de entre ellos tres, Euplon, German y Valentin, con quienes vivió en mancomun, entregándose con ellos á todos los ejercicios de la religion, segun y cómo las circunstancias se lo permitian. Lleno de celo por la conversion de las almas, é inspirado por el Espiritu Santo, se fué á Roma; y se hospedó en una casa situada en la isla del Tiber. Una hija de la casa, atacada hacia cinco años de una enfermedad incurable, que la imposibilitaba para todo, fué curada milagrosa y repentinamente por Emigdio al recibir el santo bautismo.

Muchos milagros obraba Emigdio en la capital del romano imperio, propagando así maravillosamente la religion en el seno de las familias. Y en efecto, católicos; ¿cómo dudar de la verdad de una religion, cuya predicacion iba acompañada de milagros? ¿cómo vacilar en creer en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, con cuyo bautismo, con cuya invocacion sola se obraban milagros á la faz del mundo todo? Nada hay tan decisivo á favor de una doctrina, de una verdad, de un hecho dogmático, como el milagro. Cuando solo entran como medio de prueba la filosofia, la razon, el humano criterio, como todo eso es del resorte del hombre, puede estar más ó ménos sujeto á producir una conviccion séria y profunda. Pero en el milagro no puede haber ni tergiversacion, ni raciocinio; y á ménos de una ceguera voluntaria, la conviccion que produce es sólida, es íntima. Hé ahí la razon, católicos, porque se ha servido Dios de los milagros para probar la verdad de la religion delante de un pueblo ignorante, de una parte, y por otra, fanático. Otro de los milagros obrados por Emigdio en Roma, que más sensacion produjo en el pueblo, fué la curacion de un ciego, á quien el Santo restituyó la vista delante de la muchedumbre con la sola señal de la cruz.

La muchedumbre, creyéndole hijo de Apolo, poseida de un febril entusiasmo por el Santo, lo llevó como en triunfo al templo de Esculapio. Pero Emigdio, llegado allí, publicó en voz alta, que él era discípulo de Jesucristo, verdadero Dios y hombre; anunciéles su divinidad, y predicéles su doctrina; y allí mismo, con solo invocar el nombre de Jesús, restituyó la salud á una multitud inmensa de enfermos, que en balde la habian implorado del ídolo. Enardecido de un santo celo, destruye Emigdio las aras de Esculapio, hace pedazos el ídolo, y arroja al Tiber los fragmentos. A la vista de tantos prodigios, los sacerdotes del templo de Esculapio se convierten, y mil y trescientos gentiles con ellos, á nuestra santa religion.

Tantas conversiones y tantos prodigios llamaron necesariamente la atencion del prefecto de la ciudad, quien intimó al Santo las más

terribles amenazas. Pero Dios, que lo reservaba todavía para mayores cosas, le mandó por medio de un ángel, que se presentase al papa Marcelo, quien le ordenó de obispo, y lo envió á Ascoli, no lejos de Roma, en la misma Italia. Disposicion divina fué esta mision del papa S. Marcelo á S. Emigdio, pues que ella dió ocasion á una muchedumbre infinita de conversiones, y á numerosísimos prodigios obrados por la mediacion de nuestro Santo. Y en efecto; apenas salió de Roma, cuando los prodigios se iban multiplicando de suerte, que durante el viaje, familias, pueblos, comarcas se le iban reuniendo, y pidiéndole el santo bautismo. Grande fué el consuelo de nuestro Santo, al tocar por sus manos los efectos prodigiosos de la gracia sobre aquella inmensa muchedumbre que le seguía; daba gracias á Dios de que su persecucion en Roma hubiese dado motivo á aquel viaje, que tan provechoso fué para aquellas comarcas, y tan fecundo en frutos para la Iglesia de Jesucristo. Amados mios en el Señor, todas las cosas suceden en bien á los que aman de veras á Dios. Sin duda ninguna es de creer, que el glorioso confesor de la fé, Emigdio, suspiraba ardentemente por el martirio; y ¿qué mejor ocasion que la que se le presentaba en Roma con la persecucion del prefecto de la ciudad, Postumio Ticiano? Pero el Santo, dejándose en todo conducir por el espíritu del Señor, no solo no hizo la menor resistencia á la inspiracion de lo alto para salir de Roma, sino que se fué á poner á las órdenes del papa S. Marcelo. En este paso de prudencia, de subordinacion y de riguroso deber se encierra una enseñanza, que no quiero pasó inadvertida de vosotros, porque todo lo que viene de los santos es digno de la mayor veneracion y de ser pesado con madurez y detenidamente.

En esto nos quiso dar ejemplo nuestro Santo, de la veneracion con que debemos acatar al Vicario de Jesucristo. Sabía muy bien el glorioso S. Emigdio, que sin estar sincera y cordialmente adherido al centro del catolicismo, al centro de la unidad, al centro de la comunión católica, imposible seria agradar á Dios, vanas serian todas las virtudes; y aún hasta el martirio mismo dejaría de serlo, si el mártir no estuviese íntimamente unido á la Cabeza de la Iglesia universal. Por esta razon cree que la mejor, aún más, la sola preparacion para ejercer el apostolado y padecer, si necesario fuere, el martirio, es: la de unirse inviolablemente al Obispo de Roma, y considerarse bajo su entera dependencia en lo perteneciente al orden jerárquico, á la disciplina y á la doctrina. Obtenido el beneplácito del sucesor de S. Pedro, y recibida de él, con la consagracion episcopal, la vena, parte de Roma seguro y animoso.

Al aproximarse Emigdio á Ascoli, los demonios, furiosos de desesperacion, principiaron á vociferar por medio de los ídolos y estatuas profanas, que un peregrino, un extranjero, era la causa de su rabia y dolor; tratando así Satanás de conmovier al pueblo contra nuestro Santo. Y en efecto; el pueblo, permitiéndolo Dios así, se aborrotó contra Emigdio, pidiendo á gritos su muerte en holocausto de sus dioses. Polimnio, presidente de la ciudad, le mandó comparecer ante si, como lo verificó el Santo. Polimnio principió por disuadirle de ser cristiano, y á instarle á que ofreciese incienso á los ídolos, diciéndole, que no solamente le haria dichoso, sino que le daria una hija suya en matrimonio. Señaló un plazo á Emigdio; pero nuestro Santo lo empleó en convertir á una inmensa multitud de idólatras; y de una sola vez administró el santo bautismo á mil sesenta y una personas, entre ellas una hija del presidente Polimnio, las cuales se convirtieron á la vista de un milagro obrado por S. Emigdio, que hizo brotar de una roca grandes borbotones de agua.

¡Desdichado Polimnio! cuán ciego andas en tus pretensiones con Emigdio! Emigdio ha ofrecido su vida á Jesús hace muchos años, y si vive, solo vive para Jesús; y ¿tú le mandas que renuncie al verdadero Dios, y que ofrezca incienso á ídolos de tierra? ¿Quieres que tema la muerte el que ningun apego tiene á la vida? Le ofreces honores y riquezas; pero si holló aquéllos, y se despojó de éstas, cuando solo tenia veinte y tres años; y, ahora que está en la edad madura, ¿pretendes hacerle caer en los lazos de una red, que tanto tiempo há rompió? Le ofreces en casamiento á tu hija; pero ¿qué mella le puede hacer esta promesa á quien tiene su carne crucificada; á quien renunció esposa, madre, y hermana por seguir á Jesucristo? Cuando Polimnio se hubo convencido, de que era inútil toda tentativa de retractacion respecto de Emigdio, y que su celo para propagar la religion cristiana era cada dia mayor, así como el número de las conversiones, que iba en aumento al ruido de los grandes y repetidos milagros que Dios obraba por su medio; determinó hacerle morir. Mandó prenderle, y Emigdio se presentó gustosísimo al tribunal. A las preguntas del juez, Emigdio respondió con entereza, pero con moderacion y con dignidad. Viendo el juez que toda dilacion no haria sino aumentar en el pueblo el entusiasmo por Emigdio, mandó cortarle la cabeza fuera de la ciudad. Pero, ¡oh milagro estupendo y que llenó de confusion al impio Polimnio! El tronco del cuerpo del Santo, aunque descabezado, se quedó en pie como si viviera, tomó la cabeza entre las manos, y la llevó, en presencia de un gentío inmenso, á

un monteito (1), distante trescientos pasos del lugar de su suplicio. Así acabó con un milagro una vida, prodigio de milagros.

Y creéis, católicos, que el glorioso S. Emigdio dejó, con la vida, de continuar á favor nuestro sus benéficos influjos, su poderosa intercesion para con Dios? El Santo, por mudar de vida, no mudó de condicion; trasladado al Cielo, no sólo no ha olvidado á sus devotos en la tierra, sino que emplea con más eficacia que nunca su valimiento en favor de los que le invocan. Y en efecto; cuando el cielo cubierto de negros y espesos nubarrones amenaza en el estio acabar con los sembrados, descargando con furia inmensas aguas que hagan salir los rios de madre, que cubran espaciosas llanuras convirtiéndolas en vastas lagunas; ó bien, que precipitándose cual impetuoso torrente desde las cimas de las montañas, y desde las altas crestas, amenazan inundar los valles, arrancar de cuajo los árboles, descarnar lo más florido de los campos; no ha sido Emigdio el que, invocado per los acongojados labradores, que veian próximas á desvanecerse sus más dulces esperanzas, ha disipado esas capas de nubes, quedándose el aire puro, tranquilo, bonancible? Si en otra ocasion, un caudaloso rio, saliéndose de sus diques, amenazaba inundar pueblos enteros, y arrebatar consigo edificios, llevarse ganados, y familias, envolviéndolo todo, todo, en sus furiosas olas, y sembrar así por toda una provincia, por todo un reino, por toda una comarca el espanto, la miseria, las lágrimas, la desolacion y la muerte; Emigdio, invocado por los atribulados vecinos, amansa la furia de los rios, hace que las aguas se retiren, y que las ondas sigan su curso natural y pacífico.

Si, en fin, en algunos de esos dias en que la atmósfera parece de fuego, en que el calor se hace insoportable, un fenómeno meteorológico amenaza con el granizo, con la piedra, con la centella, con el rayo; si ya el horrendo trueno anuncia por lo alto la proximidad del peligro; si ya las aves presentan la borrasca que se acerca, la tormenta que intimida, el nublado sombrío que lleva en su seno los elementos destructores del laborioso afán del campesino; no ha sido el glorioso S. Emigdio quien, invocado con fervor, ha hecho disipar el nublado, desaparecer la tormenta, convertir la borrasca en un aura suave, fresca, mansa, que purifica el ambiente, refrigera el ardoroso clima, y restituye á los corazones oprimidos la alegría, la

(1) En el hueco de este monteito habia una catacumba, ó iglesia subterránea, en donde los cristianos de Ascoli celebraban los sagrados oficios en tiempos de persecucion.

paz, el consuelo, la esperanza? Mucho, mucho podria extenderme, católicos, en la narracion de los milagros obrados por la intercesion del glorioso S. Emigdio; pero queda ya probada la proposicion, cabeza de este discurso, á saber: Que el glorioso S. Emigdio ha sido un Santo escogido por Dios y presentado á nuestra veneracion para el socorro de nuestras necesidades espirituales y temporales. Las numerosas conversiones obradas durante su vida en su mision evangélica, y despues de su muerte, por la invocacion de su patrocinio, ó por medio de su santo cuerpo, en la ciudad de Ascoli, en Italia, en donde se halla y venera con la mayor devocion; las numerosas curas obradas en el curso de su predicacion evangélica, y los prodigios que, despues de su muerte, ha obrado contra las tempestades; todo, todo probado y justificado por la constante tradicion de sus fieles devotos, viene en apoyo y corroboracion de mi asercion, de la justicia de vuestra piedad, y del fundamento de vuestra confianza en la poderosa mediacion de nuestro Santo.

Amados mios en el Señor: al acabar de hacer os el sucinto relato que precede, un sentimiento de tristeza se apodera de mi corazon, ¿Cómo es posible, me pregunto en mi amargura, cómo es posible que haya cristianos tibios ó indiferentes á la vista de tantas y tan estupendas maravillas? Demos gracias infinitas á este Padre amoroso, á nuestro divino Redentor, que no contento con derramar toda su sangre en el santo árbol de la Cruz por nuestro remedio, que no contento con inmolarse todos los dias en el incruento sacrificio del altar por nuestro bien, nos hace el celestial dón de un patron tan amante de sus fieles devotos, como lo es nuestro glorioso S. Emigdio. Acudamos, católicos, á él con la confianza de hijos, seguros de que nada nos negará, y que intercederá á nuestro favor para con el Señor Dios todo poderoso. Acudamos á él para que nos libre de males temporales, y mucho más todavia de los males eternos. Pidámosle encarecidamente, nos libre en esta vida de todo mal temporal, y que nos alcance de la infinita misericordia del Señor, para la otra vida, la Gloria eterna que á todos os desco. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SANTA ESCOLÁSTICA, VÍRGEN.

*Surge, propra amica mea, columba mea,
ei veni.*

*Levántate, apresúrate amiga mía, paloma
mía, y vente.*

(CANT. II, 10.)

¡Cuán dulce é inefable placer experimenta mi corazón en este momento, al verme tan felizmente empuñado en preconizar ante tan piadoso auditorio, la celestial inocencia personificada en una de las más favorecidas esposas de Jesús! ¡Oh, qué consuelo es para el orador cristiano, tener que presentar á sus oyentes el personaje más puro, más bello, más inocente, que Dios se dignó dar al mundo en espectáculo; pero, revelando sus méritos en el solo instante que el alma dejaba las terrenales mansiones para volarse, paloma cándida de Jesús, á lo más elevado de las celestiales montañas!

Escolástica, nombre dulce, símbolo de la inocencia, compendio de virtudes, tesoro de gracias recibidas, arcano de divinos secretos, maravilla para el mundo, admiración para el Cielo. Hé ahí, católicos, la heroína que me ha cabido en feliz suerte elogiar en este día. Para hablar de un ángel bien es menester ser santo; y mucho me temo que no pierda mucho de sus quilates un panegirico, que solo debiera presentarse perfecto. Como hombre, ¿qué podré yo hacer de bueno? ¿ni cómo podré siquiera registrar con mis débiles ojos la hermosura de tanto sol? Pero como ministro del Señor me acercaré reverente á santuario tan puro, y recorreré el velo con que lo encubrió su humildad, para edificaros con tal asombro de virtud.

La inocencia de Escolástica preparada, preservada y recompensada por el mismo Dios. Preparada en su corazón desde su más tierna edad, por el llamamiento á la dignidad de virgen consagrada al Señor, de esposa de Jesús, primera reflexion: preservada con gracias

especiales en la soledad del monasterio en el monte Casino al lado de su hermano S. Benito, segunda reflexion: recompensada extraordinariamente, esto es, de un modo visible y auténtico por el mismo Dios, reflexion tercera. Imploremos la asistencia del Espíritu Santo: A. M.

Nada ama tanto Jesús como una alma pura, como un corazón inocente: este divino Esposo se apacienta entre azucenas; y cuando quiere atraer á sí á una alma, la vá preparando desde su mismo nacimiento. Como el precio de un alma es infinito, lo arregla y dispone todo en el mundo para bien de las almas que tanto ama. Y no creais que esto sea una exageracion mística, ó un adorno de oratoria; es una verdad, es un hecho, es una consecuencia de un dogma. El alma vale toda una redencion divina: esto es de fé; todo el universo material no puede ponerse en paragon con ella; un grano de arena, un átomo, pesa más en una balanza en cuyo opuesto lado se pesára una roca, que toda la creacion visible en otra en cuyo contrapeso fuese una sola alma... ¡Dios no hubiera dado de seguro un solo paso por la existencia de todas las criaturas materiales visibles, pues que, en resumen, solo son *materia!* Por el rescate de una sola alma hubiera descendido á la tierra desde el Cielo el Verbo divino, atraído por su inefable amor. No es pues, católicos, una exageracion el afirmar, que todo lo dispone el Señor en el mundo por la salvacion de las almas. Y así vemos, que queriéndose reservar el Señor para sí solo el corazón de Escolástica, dispone nazca de una noble y cristiana familia; que Escolástica reciba una educacion esmerada; que tenga dentro de su familia misma ejemplos de edificacion y de prudencia. El Espíritu Santo la previene con santas inspiraciones. La niña Escolástica corresponde, finalmente, á estas primeras gracias; su corazón se abre todo para el bien, cual capulito de rosa, que abre sus hojas para recibir los benéficos rayos del sol. El Espíritu del Señor, que la vá llamando insensiblemente á sí, le aumenta sus dones en proporcion de la tierra correspondencia de esta alma cándida. Escolástica, que va sintiendo en su corazón latidos de amor divino, que la hacen ir en busca de lo que no posee todavía á su satisfaccion, se ve impulsada á entregarse toda á su Dios. Con la esposa de los Cantares dice: Esposo mio y Señor, yo corro presturosa en pós de Vos, por los rastros que me vais dejando, al dulce encanto de vuestras inefables comunicaciones.

Pero Escolástica siente un vacío á su alrededor. Sus padres, sin duda, no le escasean sus caricias; su cuerpo, muy lejos de padecer, nada en la abundancia; el culto público, muy lejos de serle entredicho

cho, se le estimula á seguirlo: nada parece le falta para su paz interior. Sus padres la aman tanto, que jamás la harían contraer estado que le repugne. ¿Qué puede faltarle, pues, á este corazón virginal? Escolástica siente, en efecto, en él un llamamiento superior, que la impulsa hacia el Espíritu Santo. Pero, si la tierna doncellita jamás le negó ni su posesion ni su amor, ¿qué significa, pues, ese desasosiego misterioso? ¿Será por ventura su causa el mundo?... lo desprecia aún ántes de conocerle. ¿Algun objeto profano?... los aborrece todos. ¿Riquezas, bienestar, conveniencias?... Le sobran; y le pesan tanto, que ansia por abandonarlas. ¿Amistades, afecciones de familia?... Las huella todas impávida. Mas hé aquí que su hermano Benito se retira al desierto; tres años de contemplacion lo purifican de tal manera, que ya no es hombre: es un serafin, es un querubin en forma humana. Benito la llama desde el desierto, y le encarece las delicias de la soledad... Escolástica lee... se para... un súbito movimiento de alegría pura y de celestial confianza penetra su corazón... medita... consulta... calcula...; é iluminada de lo alto, conoce ser la voz de Dios, de su divino Esposo, la que la llama á la soledad para hablarle allí á sus anchuras. Levántate, esposa mía. le dice: apresúrate, paloma mía, y vé. Escolástica, dócil á la voz del Esposo, se dispone á partir; pero el amor filial quisiera detenerla en su hogar maternal. Las virtudes de un padre, la piedad de una madre, el amor de ambos, vienen á presentarse á su espíritu, pretendent turbar su inocente corazón. Apenas se muestra algún tanto perpleja y como pensativa, no para negarse, sino para conciliar sentimientos al parecer encontrados, una dulce y sabrosa reprobacion se hace oír de sus oídos: Oye, hija mía, atiende y escuchame: olvida á tu pueblo, á tu familia y á la casa de tu padre. Escolástica siente en su ánimo una energia sobrenatural, en su corazón una fortaleza divina; y rompiendo por todo humano respeto, y venciendo todo temor, marcha impávida á la soledad, desde donde su hermano asombra al mundo con su santidad. Marcha, gentil heroína, casta esposa de Jesús, inocente paloma del templo santo, y sé feliz y prospera en esa nueva mansion que el celestial Esposo te ha deparado.

Labels visto la inocencia de Escolástica manifestada en su llamamiento á la dignidad de esposa de Jesús; la vereis ahora preservada con gracias especiales en la soledad del monasterio del monte Casino, al lado de su hermano el gran S. Benito. Que el Señor hiciera del corazón de Escolástica una mansion de la inocencia, era ya por sí solo un don inefable; inocentes empero, fueron criados nuestros primeros padres, Adán y Eva: inocentes salimos to-

dos cuando niños del santo bautismo; y sin embargo, aquellos prevaricaron despues; y de entre nosotros ¡cuán pocos, cuán raros son los que conservan la bautismal inocencia! Jesucristo, Señor y Esposo de las vírgenes, se propuso ser el guardador de la inocencia de Escolástica, consagrada esposa suya. Con este objeto le habia ya preparado de antemano un excelente maestro en su hermano S. Benito: éste habia de ser su guia y su director visible, para secundar en ella lo que de una manera inefable obraba el verdadero guia y director, el Espíritu Santo, que la guiaba y dirigia invisiblemente. Benito, favorecido con un ascendente extraordinario, debido á sus eminentes virtudes, protegía con la sola sombra de su nombre toda la vasta soledad del monte Casino. Llamado por Dios á ser fundador, cabeza y patriarca, no solo de Religiosos, sino de Religiosas, meditó fundar un monasterio para éstas, separado del bullicio del mundo, y á bastante distancia de sus monasterios de Religiosos. Inspirado del Señor, llama á su hermana Escolástica al desierto, y la pone al frente de un monasterio de vírgenes, á quienes dá unas constituciones análogas. Escolástica se pone enteramente en sus manos, y le ruega se encargue de su direccion. El santo patriarca, movido de piadoso cariño hácia su hermana, y sobre todo, celoso de su santificacion, la toma á su cargo, y le señala un dia al año, nada más, para que vaya con alguna de sus hijas y hermanas á un sitio, que no distaba mucho del monasterio, á fin de conferenciar con ella sobre las cosas del Cielo. Escolástica se resignó á esta santa severidad, pues muy léjos de contentarse con un solo dia al año de divinos coloquios, hubiera deseado mejor, que en vez de ser un solo dia el favorecido, fuese uno solo el exceptuado.

La Santa en el monasterio avanza tanto en la virtud, que más bien era ya un ángel que una persona humana. Contemplaba lo inmenso, lo infinito de la grandeza, de la bondad, de la hermosura del Señor, Dios de todo lo criado; contemplaba la amabilidad de su celestial esposo Jesús, y todo era para ella nuevos incrementos de amor, mayores y más sabrosos incendios en su corazón. Cuántas veces exclamaba esta inocente sagrada esposa: ¡Oh, Dios mio y Señor mio! ¡cuánto es y cuán inefable lo que estais mostrando en el Cielo! vuestra beldad... vuestra grandeza... la magnificencia de vuestro trono... vuestra bondad... la amabilidad de mi divino Esposo Jesús. ¿Para qué me teneis, pues, todavía en la tierra? ¿Qué puedo yo esperar aquí de bueno, Dios mio, cuando Vos solo sois el sumo bien?... Yo no suspiro sino por Vos; yo no puedo amar sino á Vos; yo no puedo pensar sino en Vos, Dios de mi corazón, y herencia mía para toda la eternidad. Toda vez

que os habeis dignado mostrarme vuestra augusta faz, arrebatadme de esta tierra, en donde nada puede serme placentero fuera de Vos. ¡Quién me diéra alas de paloma para volar á vuestra sagrada mansion, y anidarme al pié de vuestro sagrado trono! El celestial Esposo, movido de los tiernos gemidos de la inocente tortolilla de la soledad santa, hubiera querido sin duda alguna trasportarla á las mansiones eternas. Pero deseaba que aumentase sus méritos acrecentando sus amorosos suspiros, sus puros anhelos. Mi casta paloma se esconde entre las espesuras de la soledad, para huir de las sirenas encantadoras del mundo, de los lazos del cazador infernal; y se oculta en las concavidades de las murallas, en las estrechuras del valle, en el retiro del monasterio, para guarecerse de las asechanzas del enemigo, para cantar libremente los sagrados epitalamios del divino amor.

Rociando el pavimento con lágrimas de penitencia, y haciendo resonar los aires con sus acentos puros, con amorosos suspiros, vá formando en su corazón esa mística escala de la santidad, en que por grados vá subiendo hasta lo más elevado del monte de Dios, hasta el más secreto aposento de su Esposo y Señor. Su bienaventurado hermano, muy léjos de detenerla en tan venturosa carrera, la anima y la sostiene. Conoce la obra del Espíritu Santo en este feliz corazón, y dále gracias por los inefables dones con que colma á su sierva, por las gracias con que adorna este templo de la inocencia. En el solo día que su celestial prudencia juzga poderle otorgar en cada un año, ¿quién es capaz de saber todo lo que habria de tierno, de sublime, de divino en esta mística entrevista de dos almas, cuyos cuerpos estaban, es verdad, en la tierra, pero cuyo pensamiento y atenciones estaban fijas en el Cielo? ¡Oh, quién hubiera podido ser harto feliz para ser testigo de coloquios tan seráficos! ¡Qué no nos haya sido dado conocerlos! ¿Por qué, oh tú, grande Gregorio, al tiempo de instruirnos en esta tan interesante particularidad de la vida de nuestra Santa, no nos has dejado escritas aquellas palabras llenas de fuego, aquellos sentimientos penetrados de unción que se cruzaban de ambas lenguas, de entrambos corazones en esas preciosas entrevistas?... Pero ya veo, ¡oh ilustre cronista de la cándida paloma del monte Casino! ya veo que has querido mejor dejarlas á nuestra piadosa contemplacion, para que, ejercitándonos en ellas, sacásemos el fruto de la imitacion, en lugar de satisfacer solo una piadosa curiosidad.

Veamos ahora la inocencia de Escolástica recompensada extraordinariamente, esto es, de un modo visible y auténtico, por el Espíritu Santo. Que esta tierra, que habitamos por un tiempo, no sea nuestra verdadera pátria, es verdad tan conocida, que solo basta enunciarla

para persuadirnos de su exactitud, á pesar de las ilusiones de la humana fantasia. Nuestra verdadera pátria es el Cielo: ¿qué extraño es, pues, que nuestra alma suspire sin cesar por esa pátria, y que no pueda saciar sus inmensos deseos, ni satisfacer su necesidad de amar sinó al Criador, que es por esencia su bien supremo, y fuera del cual no halla sinó vacío y turbacion? Escolástica, á medida que iba progresando de virtud en virtud, experimentaba que su corazón se iba inflamando más y más; y que sin un continuo milagro de la omnipotencia y bondad de su divino Esposo, le era imposible contener dentro de los estrechos senos de la humanidad llamas, que tocaban hasta lo más alto del Empíreo. No padeció, es verdad, persecuciones ni tormentos con que los hombres hiriesen su cuerpo; un martirio tan cruel como sabroso le esperaba, y este era el martirio de amor. La ausencia de su bien amado era el cuchillo que la hería, y esta mortal vida y la cárcel de este cuerpo era el tirano que la aprisionaba. ¡Oh, cuántas veces exclamaba con S. Pablo la inocente virgen: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Otras, más enardecida, prorumpia en tiernos ayes: Morir es mi deseo para ir á vivir eternamente con mi Esposo Jesús. Cándida paloma del desierto, no te alijas, tus votos han sido oídos: muy pronto quedarán cumplidos tus deseos, llenadas tus esperanzas.

Entre tanto se llegaba el día señalado por su hermano S. Benito para su conferencia espiritual: aunque nuestra Escolástica era ya maestra, como bien formada en la escuela del Espíritu Santo, anhelaba con ansia santa el momento en que debía tratar de Dios y de las cosas del Cielo con un varon tan consumado. En el día convenido, Escolástica vá al sitio acostumbrado, en donde ya la esperaba su hermano: conoció éste en el semblante de su hermana un anuncio del más feliz agüero. Entabla inmediatamente el más tierno, sentimental y sublime coloquio acerca de las cosas del Cielo. Escolástica escucha más todavia con el corazón que con los oídos; las horas le parecen minutos; pero el tiempo, que jamás se para, le advierte á Benito, que ya lo es de regresar al monasterio. El ilustre patriarca, celosísimo observador de la regla monástica, se dispone para partir: Escolástica siente en su corazón un no sé qué de divino, de afectuoso y de dulcemente pesados; ruega á su hermano no la deje todavia; que su presencia la consuela sobremanera, y que experimenta una como necesidad de prolongar sus divinos coloquios. Benito le dice, energicamente, que no puede permanecer más tiempo fuera de su celda, y que le es preciso regresar. La humilde Escolástica no replica, baja sus ojos, inclina su cabeza sobre la mesa, pónela entre sus manos

como en acción de rogar al Señor: pídele, instale, vierte lágrimas, y ruégale ardentemente, no permita se vaya tan pronto su hermano. Al momento aparece sobre el horizonte un nubarrón precursor de una tempestad deshecha de granizo, agua, relámpagos, truenos y exhalaciones: una copiosa lluvia inunda en un instante todos los valles del desierto; los torrentes se salen de madre; el agua cae con tanta abundancia é ímpetu, que es imposible dar dos pasos fuera del hospicio. Benito se ve obligado á detenerse; y dice á la santa virgen: Perdónetelo el omnipotente Dios, hermana mía; pero ¿qué has hecho? ¿obligarme á pernoctar fuera de mi celda? Escolástica, con la sencillez de paloma, le contesta: Ya lo ves, hermano y maestro mío: te rogué, y no quisiste oírme; pues bien, he rogado á mi Dios, y Él me ha oído. Ahora, mira si puedes salir y dejarme sola. Los santos hermanos pasaron la velada en coloquios divinos, y en alabar á Dios, que tan generoso y bueno se muestra con los que de veras le aman.

En el día siguiente Escolástica, llena de un santo júbilo, regresó á su monasterio, dando gracias á Dios por haberla oído y satisfecho su piadoso deseo. Este último coloquio había abrasado de tal modo el corazón de Escolástica, que absorba y como fuera de sí, le parecía hallarse ya á la puerta del Paraíso. Es imposible al humano lenguaje describir esta suprema trasformación del espíritu de Escolástica. Si hasta entonces había experimentado en su corazón ese incendio divino que lo abrasaba, ahora es un rapto, un rápido vuelo de amor que se lo arranca de sí para presentárselo á Dios; son ahora unos suspiros y unas ansias, que crecen á medida que más claramente ve el objeto de sus inefabables amores; pide á su celestial Esposo rompa ese muro de separación que todavía le tiene alejada de su venturosa mansion. Gime cual afligida esposa, á quien todavía no le es dado dar un abrazo eterno á aquel por quien su alma suspira; levanta sus ojos al Cielo, y las lágrimas bañan sus sonrosadas mejillas. El celestial Esposo, atraído por tan dulces lamentos: «Levántate, la dice, amiga mía; apresúrate, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues pasó el invierno de tu peregrinación en ese valle de lágrimas. Disipáronse y cesaron las lluvias de las tentaciones; despuntan las flores en nuestra tierra, llegó el tiempo de la poda. El arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos... Levántate, pues, amiga mía, hieldad mía, y véntate.» Cándida paloma del monasterio, inocente tortolilla de la soledad del monte, sube, sube al Cielo; el celestial Esposo ha cortado con el filo de tu amor los delicados lazos que todavía te aprisionaban. Remonta tu vuelo, virgen santa, y que de un rapto divino te transporte tu amado y Señor á las eternas mansiones que preparadas te tiene.

Tú subirás al Cielo en forma de paloma, símbolo de tu inocencia, y te hará ver á tu santo hermano para gozo suyo y consuelo nuestro. Sube al empireo, Escolástica ilustre, y desde ese lugar que ocuparás eternamente, pide por nosotros á la Trinidad augusta, que si no podemos presentarnos ante su trono como inocentes, merezcamos al menos como verdaderos penitentes alabar contigo al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo por toda la eternidad. *Amén.*